



Fray Bernardino de Sahagun.

sible que el pueblo que lo practique pueda hacer grandes progresos tanto en la cultura moral como en la intelectual. Los mejicanos no ofrecen la excepcion de esta regla. Su civilizacion descendia de los toltecas, cuya raza nunca manchó sus altares, y mucho menos sus banquetes con la sangre de sus semejantes. Todo lo que merecia el nombre de ciencia en Méjico se derivaba de esta fuente; y las numerosas ruinas de edificios que se les atribuian y se encuentran todavia en algunas partes de la Nueva-España, manifiestan una decidida superioridad en su arquitectura, sobre las últimas razas del Anáhuac. Es cierto que los mejicanos hicieron grandes progresos en muchas de las artes sociales y mecánicas, en aquella cultura material, si así puedo llamarla, consecuencia natural de una opulencia creciente, que tiene relacion á los placeres de los sentidos; pero en los progresos puramente intelectuales, quedaron atrás de los tezcucanos, cuyos hábiles soberanos adoptaron con repugnancia los abominables ritos de sus vecinos, y los practicaron de una manera mucho mas moderada (35).

En este estado de cosas dispuso bondadosamente la Providencia entregar el pais á otra raza que la libertase de la brutal supersticion extendida mas y mas, al paso que se dilataba el poder del imperio (36). Las viciosas instituciones de los aztecas ofrecen la mejor apología para su conquista; y aunque es verdad que los conquistadores llevaron consigo la Inquisicion, tambien llevaron el cristianismo, cuyo benigno resplandor habia de lucir todavia, cuando las horribles llamas del fanatismo se hubiesen extinguido, disipando las negras formas de horror que habian cubierto tanto tiempo las hermosas regiones del Anáhuac.

(35) Ixtlilxochitl, Hist. chich., MS., cap. 45, et alibi.

(36) No hay duda que la ferocidad de carácter producido por sus ritos sangui-narios facilitó mucho sus conquistas. Maquiavelo atribuye en parte, á una causa semejante, los triunfos militares de los romanos (Discorsi sopra T. Livio, lib. 2, cap. 2). El mismo capítulo contiene muchas reflexiones mucho mas ingeniosas que sinceras sobre las tendencias opuestas del cristianismo.

La autoridad mas importante, citada en el capítulo precedente, y siempre que se hace relacion á la religion azteca, es Bernardino de Sahagun, religioso franciscano contemporáneo de la conquista, cuya principal obra, la *Historia universal de la Nueva-España*, se ha impreso recientemente por la primera vez. Las circunstancias que concurrieron á la composicion de esta obra y el destino que le siguió, forman uno de los pasages mas notables en la historia de la literatura. Nació Sahagun en España en un lugar de su mismo nombre. Se educó en Salamanca; y habiendo tomado el hábito de San Francisco, vino á Méjico como misionero el año de 1529, donde se distinguió por la pureza de sus costumbres, y por su celo y constantes esfuerzos para difundir las grandes verdades de la religion entre los nativos. Fué guardian de diversos conventos, hasta que dejó estos cargos para poderse dedicar exclusivamente á la predicacion, y á componer varias obras con el fin de ilustrar las antigüedades de los aztecas, para lo cual encontró mucha facilidad en el empleo que ocupaba de lector en el colegio de Santa Cruz de la capital.



Trabajó la Historia universal de una manera singular. Con el objeto de proporcionarle la mayor autoridad posible, pasó algunos años en un pueblo de Tezeuco, donde diariamente conferenciaba con algunos nativos respetables que hablaban el idioma castellano. Les proponía sus cuestiones: conferenciaban sobre ellas, y después las sometían a otros nativos que habían sido educados bajo su inspección en el mencionado colegio de Santa Cruz, quienes después de consultar entre sí, hacían por escrito una versión de los geroglíficos al idioma mejicano. Esta misma operación la repetía en otro lugar diverso de Méjico, y todo lo sujetaba a la revisión de una tercera reunión de nativos en otra distinta parte del país. Él después arregló todos los resultados acordados en una historia regular en la forma que ahora tiene, componiéndolo en el idioma mejicano, que podía escribir y hablar con más exactitud y elegancia que cualquier otro español de su época.

La obra presentó un acopio de noticias curiosas, y llamó mucho la atención de sus hermanos, pero temieron su influencia en conservar en los indígenas los recuerdos demasiado vivos todavía de las mismas supersticiones que era el grande objeto del clero cristiano desarraigar. Sahagun tenía miras más liberales que los de su Orden, cuyo ciego celo hubiera destruido gustosamente todos los monumentos del arte y del ingenio humano, que no hubieran sido producidos por influjo del cristianismo. Rehusaron darle la ayuda necesaria para copiar sus papeles, frutos del trabajo de tantos años, bajo el pretexto de que era un gasto exorbitante para su religión, lo cual ocasionó una dilación de muchos años. Sucedió peor todavía. Su prelado se posesionó de los manuscritos que ahora se hallan esparcidos en diferentes conventos del país.

En este estado de abandono, Sahagun hizo una breve relación de su obra: la dirigió a Madrid, y llegó a manos de D. Juan de Ovando, presidente del consejo de Indias, quien se interesó tanto en ella, que ordenó se volviese a su autor, suplicándole la tradujera inmediatamente al castellano. Así se hizo: se recobraron sus preciosos manuscritos, aunque no sin amenaza de las censuras eclesiásticas; y el octogenario autor comenzó la traducción del idioma mejicano en que los había escrito treinta años antes. Tuvo la satisfacción de completar su tarea, colocando la versión española en una columna paralela con el original, y añadiendo un vocabulario de los difíciles términos y frases aztecas, al mismo tiempo que el texto estaba corroborado con las numerosas pinturas en que se fundaba, en cuya forma, haciendo dos gruesos volúmenes en folio, fué enviada a Madrid. Parece que ya no había razón para posponer su publicación, de cuya importancia no podía dudarse; mas sin embargo, desde ese momento desapareció y nada se oyó de ella por más de dos siglos. Se hablaba solo como de una valiosa obra que había una vez existido, y que probablemente fué sepultada en alguno de los numerosos cementerios de literatura en que abunda España.

Por fin hacia la conclusión del siglo pasado, el infatigable Muñoz pudo desenterrar los manuscritos largo tiempo perdidos, del lugar que la tradición le había señalado, la librería del convento de Tolosa en Navarra, situada en la extremidad septentrional de España. Con su acostumbrado empeño, copió toda la obra con sus propias manos, y la agregó a la inestimable colección, cuyos sazonados frutos no estuvo destinado a recoger. De esta copia pudo procurarse Lord Kingsborough, la que publicó en 1830 en el sexto tomo de su magnífica compilación. En ella manifiesta una justa satisfacción por ser el primero que presentaba al mundo la obra de Sahagun, pero se equivocó en esa creencia. El año anterior apareció en México una edición de dicha obra en tres vo-

lúmenes en octavo, dispuesta por Bustamante, literato, a cuya actividad editorial está sumamente obligado su país, y tomada de una copia del manuscrito de Muñoz que había llegado a su poder. Así pues, esta estimable obra que no había conseguido los honores de la prensa durante la vida del autor, después de haber estado sepultada en el olvido, apareció de nuevo y casi simultáneamente a la distancia de cerca de tres siglos, no en su país, sino en tierras extrañas, y entrambas muy remotas. El caso es extraordinario, pero desgraciadamente no tanto en España, como sería en cualquiera otra parte.

Sahagun dividió su historia en doce libros, de los cuales, once se ocupan de las instituciones sociales de Méjico, y el último de su conquista. Sobre la religión del país, es particularmente completa; pues el grande objeto fué dar una idea clara de su mitología y de su espantoso ritual. La religión se asociaba tan íntimamente con los negocios y usos más privados de los aztecas, que la obra de Sahagun debe ser un libro textual para todo estudiante de las antigüedades de aquel país. Torquemada se aprovechó de una copia manuscrita que pudo haber a las manos antes de ser remitida a España para enriquecer sus páginas, circunstancia más afortunada para sus lectores que para la reputación de Sahagun, cuya obra, ahora que está publicada pierde mucho de la originalidad e interés que de otra manera habría tenido. Ella contiene una completa colección de las varias fórmulas de oraciones adecuadas a todas las necesidades posibles, tales como las usaban los mejicanos, y bajo este aspecto es inapreciable. Están aquellas muchas veces revestidas de un lenguaje magestuoso y bello, manifestando que los sublimes dogmas religiosos, son enteramente compatibles con las más degradantes prácticas de la superstición. Es muy de sentirse que no tengamos los diez y ocho himnos insertos en la obra, pues ellos ofrecerían un interés particular como la única muestra que se conserva de la poesía religiosa de los aztecas. Las pinturas geroglíficas que ilustran el texto, son también de extrañarse. Si hubieran escapado de las manos del fanatismo, podrían reaparecer algún día de los venideros tiempos.

Sahagun dió a luz otras obras religiosas y filosóficas, algunas bastante voluminosas, pero no han sido impresas. Llegó a una edad muy avanzada, concluyendo su vida laboriosa y útil, en la capital de Méjico el año de 1590. Sus restos mortales fueron acompañados al sepulcro por un numeroso concurso de sus compatriotas y de los nativos que en su muerte lamentaban la pérdida del saber, de la piedad y de la benevolencia sin afectación.